

## ANUNCIAR EL EVANGELIO HOY

*El hecho de intentar enfrentarse al problema de la evangelización con soluciones de tipo estratégico o táctico manifiesta un profundo desconocimiento de la realidad de la iglesia y del mundo actual. Hoy la iglesia busca su lugar en una sociedad secularizada y pluralista y no lo encuentra, como tampoco encuentra la palabra adecuada a su mensaje y el tono que le conviene. La situación actual es, para el autor de este artículo, obispo auxiliar de Malinas-Bruselas, antes que nada una llamada a la autenticidad y a la conversión.*

*Annoncer l'Évangile aujourd'hui, Nouvelle Revue Théologique 126 (2004) 3-15.*

### UNA NOTA PRELIMINAR: ¿EL MÉTODO O EL CONTENIDO?

Después del concilio de Trento y durante todo el período de la Contra-reforma, nuestra Iglesia se fue cerrando cada vez más en una actitud antimoderna. Siguiendo el programa de *aggiornamento* propuesto por Juan XXIII, el concilio Vaticano II buscó, antes que nada, una apertura al mundo y a la cultura moderna. No se trataba de reducir el mensaje cristiano a lo que hoy día es todavía creíble para el hombre moderno, sino que simplemente se trataba de no hacer abstracción del destinatario del mensaje: el hombre real y concreto, todos aquellos y aquellas que pertenecen a este mundo y a esta cultura.

Los años posconciliares concentraron su atención sobre el *cómo* del anuncio. Era una manera de decir que el problema no estaba en el contenido del mensaje cristiano, sino en la manera de presentarlo, en el método, como

si todo el problema fuera la necesidad de empezar desde abajo, desde la experiencia humana.

No es mi intención desacreditar esta visión, ya que es algo indispensable. Pero el problema es mucho más fundamental. Si la transmisión de la fe se ha convertido en algo tan difícil no es sólo porque no hayamos encontrado la manera de comunicarla (el método apropiado), sino por el propio contenido de la fe.

Y la razón es ésta: nuestra cultura es —como opción fundamental, no como una de sus características secundarias— una cultura secularizada, en la cual se puede vivir y morir y construir una sociedad humana, sin creer en Dios. En tiempos del Vaticano II todavía no se podía percibir todo el impacto de la secularidad, el cual —en los principios de este tercer milenio— se manifiesta y se afirma, poniendo el problema de la evangelización y de la

transmisión de la fe no a nivel de método, sino a nivel del conteni-

do de la tradición bíblica y cristiana.

## APROXIMACIÓN TEOLÓGICA: DIOS QUIERE DARSE A CONOCER

¿Por qué anunciar el evangelio? ¿Para qué evangelizar? Mi primera respuesta es teológica: Dios quiere darse a conocer a los hombres. La tradición bíblica dice que Dios nos conoce y nos ama y quiere ser conocido y amado por nosotros, la obra de sus manos. Hay, evidentemente, otras respuestas. Es muy importante que en nuestra sociedad secularizada, donde la religión es un asunto privado y marginal, y donde muchos ya no saben lo que es el cristianismo o la fe cristiana, la Iglesia salga del anonimato, busque una manifestación pública y se dé a conocer. También será importante mostrar el sentido, la necesidad incluso, de la religión para la humanización del hombre, de la sociedad. ¿No será tiempo ya de recuperar nuestro lugar, constructivo y necesario, en la sociedad?

No niego que todo esto puedan ser razones para evangelizar, pero no es la razón fundamental. En el anuncio del evangelio se trata del misterio de Dios: Dios quiere darse a conocer y quiere ser conocido por nosotros. Y para ello Él tiene necesidad —es su gloria y su gozo— de nosotros y de su iglesia.

Pero ¿no hay ya un deseo y un conocimiento de Dios en cada ser humano? El hombre sabe que hay algo o alguien que lo supera: «Tú nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto

hasta que repose en Ti» (Agustín). Pero este conocimiento no nos manifiesta de ninguna manera el misterio del amor de Dios, no nos dice de ninguna manera quién es Él. Yo no puedo conocer a Dios a no ser que se revele.

Si Dios quiere comunicarse y darse a conocer no es para enseñarnos algunas ideas, sino porque Él quiere vivir con nosotros y compartir con nosotros su vida: Él no quiere ser Dios sin nosotros. Esta primera aproximación teológica es muy importante para comprender lo que está en juego en la evangelización: se trata de Dios que quiere ser conocido; no se trata ni de nosotros ni de la Iglesia. No se trata de recuperar el terreno perdido por una institución; se trata de Dios que nos ama y que quiere vivir con nosotros, se trata de la revelación del Dios de la alianza: amor y alianza no son posibles sin libertad y sin un gran respeto.

Que los hombres conozcan el Nombre de Dios y lo reencuentren como fuente de felicidad y de salvación no es nunca el resultado de nuestros proyectos pastorales: no es nuestro trabajo quien aporta la fe a la humanidad. Ciertamente, nosotros debemos anunciar el Evangelio y tratar de que la Palabra de Dios pueda ser entendida y recibida, pero que los hombres digan efectivamente «sí» a Dios y lleguen a la fe, es algo

que nos supera. Esto es obra de Dios. Entre la acción de Dios y la de la Iglesia, entre la acción pastoral y la del Espíritu, queda siempre una distancia, y es difícil para la Iglesia y para el agente de pastoral respetarla. Este respeto sólo

es posible si la Iglesia vive de la escucha —una escucha siempre nueva— de la Palabra de Dios, ya que es ella la que debe ser evangelizada: no hay anuncio auténtico si no es en la escucha de la Palabra de Dios.

## **APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA: LA FELICIDAD DEL HOMBRE**

Nuestra primera respuesta ha sido teológica. ¿Y el hombre? Si la alegría de Dios es encontrar al hombre, la felicidad del hombre está en encontrar a su Dios. Si Dios busca al hombre es para salvarlo. El núcleo de la fe cristiana y del monoteísmo bíblico es la alianza, la relación con Dios. Lo que el cristianismo anuncia no es, en primer lugar, un dogma o una moral, sino una vida con Dios.

Todo esto no es evidente para el hombre moderno. Vuelvo a la cuestión de la secularización: la religión ya no es el centro de la vida social; toda realidad es ya autónoma sin lazo alguno con Dios o con otra cualquier realidad trascendente. Por lo cual la creencia religiosa no representa ya una dimensión esencial y evidente de nuestra cultura, que es humanista y antropocéntrica. Esta cultura cree en el hombre y en el poder de la racionalidad, y la libertad y la emancipación se han erigido en valores fundamentales.

De ninguna manera quiero desacreditar nuestra cultura ni culpabilizarla. Constató simplemente el carácter profundamente secular de la modernidad, en cuyo proyecto no entra de ningún modo Dios, ni para la cues-

ción del sentido y de la finalidad de la existencia humana, de los cuales decide el mismo hombre. Pero surge, en el mismo corazón de la modernidad, una pregunta que nuestra cultura no sospechaba. ¿Es verdad que el sentido de la vida está en nuestras manos? ¿Somos nosotros nuestros propios creadores? ¿Y si nosotros perteneciéramos a otro y en lo más profundo de nosotros mismos fuéramos una respuesta a esta alteridad sobre la cual nuestra racionalidad y nuestra técnica nunca tendrán el control? ¿Y si esta relación con otro fuera el secreto y la raíz de nuestra felicidad y de nuestra libertad? Son preguntas cruciales. El hombre no asume su destino de libertad y de felicidad si no deja que una trascendencia auténtica entre en su vida. ¿Qué es la libertad? ¿Qué es la felicidad? ¿Qué es el ser humano? ¿Todo esto se reduce al proyecto que yo mismo me doy?

En la vida que yo comparto con los otros me doy cuenta de que no es así. La felicidad está relacionada con lo que yo significo para el otro; de igual modo la libertad se construye en respuesta a la llamada del otro. ¿Quién es el otro? Es mi prójimo, el hombre

que yo encuentro o el que viene a mi encuentro. Pero, más radicalmente, el Otro es Dios, el Trascendente.

Que un sentido más pleno de la humanidad sea dado sólo en relación y en confrontación con el Dios vivo, es algo totalmente extraño a la concepción moderna del hombre y del mundo; pero para los cristianos ahí se encuentra la fuente de nuestra existencia, de nuestra libertad y de nuestra felicidad.

Lo que el anuncio del Evangelio puede darnos y lo que la Iglesia propone al hombre es este encuentro con Dios. Y esta proposición, aunque no sea evidente, es pertinente y llega a tocar el punto neurálgico de nuestra cultura. Está en juego la cuestión de la autonomía y de la trascendencia. ¿Dejo entrar al otro en mi vida? ¿Acepto la alteridad radical que es Dios? Es la esencia del acto de fe. Desconfío de todo intento de despersonalizar a Dios: cuestionamos el carácter personal de Dios, intentando que el discurso creyente sea inteligible y creíble al hombre de hoy; buscamos un

discurso sobre Dios que no repugne al hombre secularizado. Y pienso que nos engañamos. Ciertamente, Dios no es como una persona humana, ni es un individuo. Pero Él es Alguien y no algo: un Dios que habla y que quiere compartir, un Dios de relación y de alianza. Es Dios y no solamente lo divino, es el Otro, y no sólo la dimensión última de la realidad.

No es por casualidad que New Age y una religiosidad vaga y difusa estén hoy de moda: una religiosidad sin Dios que nuestra cultura puede aceptar e integrar en su proyecto y por la cual no se siente de ninguna manera cuestionada. Y es una religiosidad que no nos aporta nada. Estoy profundamente convencido de que el monoteísmo bíblico se halla en el corazón del anuncio del Evangelio hoy día: la propia comunidad cristiana muy probablemente debe redescubrir, en el Dios personal, la profundidad y la riqueza de la fe en Dios. Y éste sería el mensaje cristiano que quiere «tocar» el corazón del hombre de hoy.

## **APROXIMACIÓN ECLESIOLÓGICA: PUEBLO DE DIOS Y SACRAMENTO DEL MUNDO**

El anuncio del Evangelio también tiene que ver con la Iglesia como misterio, cuya razón de ser hunde sus raíces en Dios y en su amor por la creación. Hablo, pues, de la Iglesia como pueblo de Dios, escogido y reunido por Él para compartir la vida con Él. Dios ha iniciado ya con la comunidad eclesial —el pueblo de su alianza— lo

que realizará un día con toda la humanidad e incluso con toda su creación.

Dios pide a su Iglesia que sea su pueblo. Y esto quiere decir tres cosas. En primer lugar, que sea la comunidad de aquellos y aquellas que escuchan la Palabra del Dios que quiere darse a conocer y vivir con nosotros; en segundo lu-

gar, que sea la comunidad que celebra la alianza con Dios alrededor de su palabra y de la mesa de Cristo; en tercer lugar, que sea la comunidad de aquéllos y aquéllas que viven el Evangelio en la fraternidad y en la solidaridad.

El concilio habla también de la Iglesia como sacramento para el mundo: la Iglesia, siendo pueblo de Dios, será también sacramento para el mundo, signo visible y eficaz del amor y de la solicitud de Dios para el mundo y para los hombres. Jesús no dice que debemos tratar de ser visibles: él nos dice que nosotros somos esta luz que no puede ser ocultada. No nos pide que actuemos para que nos vean: si hacemos lo que nos pide, queramos o no, seremos vistos. Anunciar el Evangelio no es algo que la Iglesia deba hacer de más: por su misma existencia y correspondiendo lo más fielmente posible a su vocación, la Iglesia es anuncio efectivo y vivificante de la Buena Nueva.

Esta aproximación eclesiológica

ca es de gran importancia para evitar una comprensión puramente activista de la evangelización, confundiendo el anuncio del Evangelio con una campaña, una propaganda o una conquista. La Iglesia es, en sí misma, anuncio del Evangelio: es el medio de comunicación que Dios se ha elegido. Por ella Dios quiere alcanzar a los hombres, pero sin imponerse. La Iglesia es el fruto de la discreción de Dios, signo de la presencia de Dios en este mundo. Esta es la razón por la cual Dios tiene necesidad de la Iglesia, de comunidades de Iglesia: en ellas se puede ver quién es Él, lo que Él dice y piensa y cómo su palabra es fuente de vida. Discreta, pero claramente, sin presiones morales, Dios quiere darse a conocer por ella. Anunciar el Evangelio es en primer lugar una llamada de Dios a su Iglesia a la conversión y a un nuevo surgimiento. Si hay alguna cosa a «hacer» en primer lugar, es precisamente esto. El resto es obra del Espíritu de Dios.

## APROXIMACIÓN PASTORAL Y ESPIRITUAL

En el momento presente no disponemos ni de estrategia ni de táctica de evangelización: lo podemos lamentar, pero esta impotencia es inherente a la situación de la Iglesia en Occidente, impotencia que no debemos negar, sino aceptar y vivir desde el interior; al mismo tiempo que buscamos actitudes elementales o básicas indispensables —la palabra adecuada y el tono conveniente— para el anuncio del Evangelio.

En una sociedad secularizada

donde la religión está privatizada, la Iglesia debe ser una referencia clara y visible del Dios que busca al hombre y que ha amado este mundo hasta el extremo. Es verdad que la fe cristiana no acepta todas las evidencias de nuestra cultura, pero propone quizás algo cuya mera posibilidad ni siquiera es sospechada por la cultura moderna. Y para todos aquellos que lo han descubierto, lo que la fe cristiana propone se convierte en la perla de gran valor, por cuya

compra uno vende todo lo que tiene (Mt 13, 45-46).

No debemos ocultar lo que somos (Mt 5,15). ¿Qué quedaría del anuncio del Evangelio si la Iglesia perdiera la conciencia del valor incomparable del Evangelio y de la fe? La cuestión de la evangelización no es un problema de métodos y de estrategias: es en primer lugar una llamada a la conversión y a un nuevo resurgir. Vivir uno mismo de lo que espera poder transmitir a otros: Dios tiene necesidad de comunidades manifestativas.

Y, sin embargo, en el mismo sermón de la montaña, el Señor insiste también sobre la discreción. ¿Por qué esta discreción? No se trata de ocultar nuestra identidad, sin la cual anularíamos toda razón de ser del anuncio del Evangelio. Pero, sin discreción, la identidad corre el riesgo de convertirse en una auto-afirmación de la Iglesia y no en un anuncio de la Palabra de Dios.

La fe cristiana, durante siglos la religión dominante, ha contribuido a construir la civilización occidental, pero no supo —sin distinguir bien entre poder y servicio— resistir a las vanidades de este mundo. La oposición que encontró (por ejemplo, a la llegada de la modernidad) no estaba siempre injustificada. La posición de la Iglesia puede haber cambiado,

pero la memoria colectiva es impermeable: para muchos de nuestros conciudadanos sigue siendo más signo de poder que de caridad. Esta es la razón de la llamada a la discreción. Sin los privilegios del pasado, la Iglesia debe manifestar el amor de Dios con las manos desnudas.

Nuestra discreción no debe fundarse sólo en el contexto interreligioso y pluralista de la sociedad actual, sino también en Dios; dos fundamentos que deben ser distinguidos. Ciertamente hoy día el anuncio del Evangelio no se puede hacer —el mismo Evangelio nos invita a ello— sin un profundo respeto por el otro o con sentimientos de superioridad o con espíritu de conquista. La insistencia sobre la discreción no es sólo por respeto al otro, sino también por respeto a Dios: la Iglesia debe siempre guardarse de considerar su propia palabra humana como palabra del propio Dios.

Es Dios quien quiere tocar el corazón del hombre, sin imponerse, sin obligar a nadie. Sólo una libre respuesta puede darle lo que Él busca. Si Dios toca realmente el corazón del hombre, ello sólo puede ser su obra; la Iglesia sólo podrá ser el testigo. He aquí la razón fundamental por la cual ella debe permanecer discreta: estar a disposición de Dios, sin poder tomar nunca su lugar.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

El anuncio del Evangelio y la transmisión de la fe está hoy en día en crisis y no creo que la solución la encontremos mañana,

manteniendo mis reticencias ante los planes y estrategias catequéticas y pastorales. El problema es más amplio: se trata de la Iglesia

que busca su lugar en una sociedad secularizada y pluralista y no lo encuentra como tampoco encuentra la palabra adecuada a su mensaje y el tono que le conviene. Antes de encontrarlos deberá realizar una travesía en el desierto y vivir la crisis en profundidad. La situación actual es, para mí, antes que nada una llamada a la autenticidad y a la conversión. Lo que podemos hacer es ser cristiano y ser Iglesia; intentemos ser pueblo de Dios y serlo cada vez más, guardemos una gran apertura a todos aquellos y aquellas que están en un proceso de búsqueda; acojámoslos y caminemos con ellos, concentremos nuestras fuerzas sobre la iniciación a la fe y sobre la formación de verdaderas comunidades eclesiales como

pueblo de Dios, comunidades solidarias de los gozos y angustias del mundo y de los hombres.

Entonces, ¿no correremos el riesgo de mantenernos demasiado en un espacio eclesial? ¿No es precisamente el mundo al que la Iglesia debe llegar con su mensaje? ¿No es necesario precisamente anunciar el Evangelio? Todo esto es cierto, pero no nos creamos ni más listos ni más fuertes que Dios. Él sólo nos pide una cosa: vivir el Evangelio que hemos recibido y ser su pueblo. Tengamos confianza en su palabra. El futuro de la Iglesia y del Evangelio está en sus manos. Si realmente somos pueblo de Dios seremos, inevitablemente y sin buscarlo, sacramento y signo de salvación para el mundo.

Tradujo y condensó: **MIQUEL SUNYOL**